

PRESENTACIÓN

A un texto le falta algo y habla siempre de otro. El género historia es una forma de generar historia, desde que el discurso sobre lo que falta (el pasado, los muertos) organiza esa falta de la cosa que el discurso rodea por su producción: “Ya que la historia no se hace más que narrándose –escribe Jean Pierre Faye–, una crítica de la historia no puede realizarse más que relatando cómo la historia, al narrarse a sí misma, se produce”.

El relato de la historia ordena –en todos los sentidos de esta palabra– los acontecimientos que produce y por eso se opone como artificio a cualquier naturaleza (la de los hombres, la de los hechos).

El espacio de la historia no es el que puede trazarse por la "línea" (palabra preñada por el goce político) sino por la elipse con sus dos focos y su curva cerrada, incluyendo la operación de un corte. El discurso de la historia es barroco aunque sus cultores ignoren con sus “ideas” las operaciones que constituyen su materia (los significantes son referentes del discurso).

Si para hablar de la entrada del psicoanálisis hay que evocar el discurso de la psiquiatría y continuar puntuando ciertos movimientos de la psicología, es porque las relaciones interdiscursivas operan sobre la materia intradiscursiva de cada uno de los campos (unas veces como obstáculo, otras veces como anticipación).

La unión de la teología cristiana con el pensamiento de Proclo permite a Kepler –según la exhaustiva lectura de A. Koyré– liberarse de la obsesión de la circularidad que fue un obstáculo en el pensamiento antiguo, pasando por el medieval y hasta en Copérnico. Ciertos términos de la mística, operando como referentes en el discurso de la ciencia, permiten el descubrimiento del infinito para la matemática. Esto quiere decir que el límite de un discurso se encuentra en sus operaciones y no en los bordes explícitos que nombra para constituirse.

Por último, digamos que en las páginas siguientes no hay una historia de la psicología, ni de la filosofía, ni de la psiquiatría, ni mucho menos de la medicina: se evocan orígenes para situar las intersecciones donde sus respectivos supuestos obstaculizan –al proponer sus causas– a la escritura y el discurso del psicoanálisis.

Materialismo no es simétrico de idealismo: el primer término es reprimido por el segundo. La paradoja es que el materialismo, a su vez, suponga el repudio de la materia cuando la encuentra como lenguaje. Esto se descifra del lazo social de la práctica del psicoanálisis.

Junio de 1978.

LA NATURALEZA DE LAS COSAS

La cura es una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento. Lo sorprendente es que haya respuesta, y que desde siempre la medicina haya dado en el blanco por las palabras. ¿Qué ocurría antes de que el inconsciente fuera descubierto? Una práctica no tiene necesidad de ser esclarecida para operar: es lo que se puede deducir.

Jacques Lacan, 1973.

En el principio era el verbo: la historia de lo que llamaré hombre positivo es la secuencia de argumentaciones tendientes a impugnar la certeza de este oráculo. El lenguaje, supuesto como causa de la oscuridad (pensamiento mágico, donde palabra y objeto se funden) debe ser conjurado por las cifras de un lenguaje artificial (el lenguaje de la ciencia) capaz de descifrar las leyes que rigen la naturaleza de las cosas.

Hay que reconocer, entonces, el reino del artificio: juegos de lenguaje que producen tinieblas, juegos de lenguaje que producen luces. Momento de máximo antagonismo, en la conciliación los poderes organizan dos reinos: las ciencias humanas, las ciencias de la naturaleza. Leyes de la materia, ingenios del sujeto. Los discursos se jerarquizan: los científicos pueden ser acusados de hacer literatura (imaginar, divagar, especular) y los humanistas de hacer ciencia (aplicar, explicar, alejarse de la verdad).

Las cosas de la naturaleza entregarán, por la práctica del laboratorio, la verdadera naturaleza de las cosas: hay que anotar lo que puede verse, hacer de la letra el reino de una señal, del lenguaje una transparencia. Si los teólogos quedan atrapados en la ilusión literal de un poder del lenguaje, los positivos se obstinan en la ilusión referencial de una rela-

ción inmediata entre objetos y designaciones. Para los primeros en el principio era el verbo y el verbo era Dios, para los segundos en el principio era la naturaleza y la naturaleza era el verbo. El mundo es un libro que el positivo lee con *infinita* paciencia, la naturaleza escribe un lenguaje que debe descifrarse. El hombre positivo se ha vuelto natural, la naturaleza se ha vuelto artificial. Se descubre, en la selva, una monarquía que tiene su rey; encuentra en los animales las gamas de las pasiones humanas. Todo es humano, mientras el científico en la literatura gótica se convierte en un poseído de la *sobrenaturaleza* que intenta iluminar con las leyes de la razón.

El plus de naturaleza, lo sobrenatural, introduce la emergencia de un goce que atraviesa al sujeto como un sufrimiento (sea la herencia ineludible, sea la posesión irresistible) que se encuentra más allá del principio del placer y que no puede ser regulado por el esquema hedonista satisfacción/dolor, ni explicado por la razón utilitaria que reduce toda conducta a la intención de producir el mayor rendimiento con el menor esfuerzo. El plus de naturaleza, lo sobrenatural, se convierte en *técnica*: los autómatas duplican y exceden al sujeto que los produce, la unidad del sujeto descompuesta por el análisis arroja en la síntesis algún Frankenstein fascinando el deseo de una mujer que lo imagina. Esta sobrenaturaleza convertida en determinados lazos sociales por la técnica aparece como el retorno de esos efectos del *lenguaje común* que había sido repudiado para constituir la ciencia positiva. La técnica mostraría, entonces, el plus de goce de eso que el sujeto de esta ciencia designa como sacrificio desinteresado, como apostolado del genio en la salvación de la humanidad. Al comienzo del siglo se hablará de una deshumanización, de una expansión de las leyes mecánicas que atraviesan las masas de sujetos. Máquinas deportivas, industriales, políticas y militares usarán cuerpos y enhe-

brarán generaciones que se sacrifican a las leyes inexorables de la evolución. Se dirá que la especie evoluciona y que los individuos desaparecen, en el mismo momento en que se comprueba que la especie no tiene dónde ir y que el sujeto se ha convertido en un cuerpo abandonado entre otros cuerpos, que bautiza de libertad el deambular solitario de sus horas vacías. Surgirá una temática sobre la organización de las horas libres: la naciente sociología pasa una década estudiando el conformismo y la siguiente clasificando la rebelión. Los discursos simultáneos se alinean en una sucesión ilusoria, para sostener la idea de que hay un progreso y fatigar discusiones sobre su anverso decadente. La historia –es decir, lo irreversible– se convierte en evolución, y ésta se las ingenia para encontrar en cada fase la anterior y negar cualquier corte, cualquier pérdida. Oscar Masotta pregunta en 1976: “¿Pero cuál es la relación del narcisismo del que la teoría habla con la función del narcisismo en la historia?”.

Freud relaciona el narcisismo primario del hijo con la inmortalidad de los padres: Pero, entonces ¿la historia es el calvario por el cual el hijo intenta apoderarse de esta inmortalidad? Esta es la posición de la trinidad historizada, esta es la lectura de Freud en la novela familiar del neurótico. Un héroe cuenta la historia que es la producción de ese héroe que la relata. La pregunta de Masotta podría responderse diciendo que la historia es una función (también en el teatro de la acción) del narcisismo, desde que la memoria se transforma en discurso por la mediación de los intereses actuales del yo.

Porque los muertos son la pesadilla de los vivos, el discurso de la historia intenta conquistar para el placer el sufrimiento de este goce que se impone por la repetición. El pasado, propone Lacan, aparece *invertido* (también depositado) en la repetición.

Freud era afecto a la llamada *literatura comparada* (su método le sirve en *Tótem y Tabú* y en varios trabajos donde se refiere a los mitos, las leyendas, la religión, etcétera): el héroe es el nudo que, en su discurso, permite el pasaje del narcisismo a la historia, y muestra al relato de la historia como la producción retroactiva de una exigencia del narcisismo. Por otra parte, cuando propone los recuerdos encubridores, subraya la diferencia entre la *memoria* (huellas mnémicas) que se impone en la repetición y el *recuerdo* consciente (que supone la represión y la fantasía); sostén de la *unidad* del sujeto presente en relación al pasado del que se vale como soporte. Esta diferencia convierte al relato de la historia en producto de la renegación, siendo el discurso donde la castración es negada (narcisismo, recuerdo) y afirmada (repetición, síntoma). Por este lado se puede comprender la diferencia entre lo reversible de la moda y lo irreversible de la historia, pudiendo encontrar en la vertiente de la primera el narcisismo y en la vertiente de la segunda la castración. (No hay que olvidar que el agente de la *fantasía* de castración es el narcisismo, así como el padre es el agente del *complejo* de castración.)

Lacan, en 1948, supone alguna relación entre la destrucción de las mediaciones simbólicas (ritos, ceremonias, etcétera) y el síntoma de la soledad y la angustia descrito por algunas filosofías actuales.

Pero hay que comprender que en el interior del discurso de Lacan se induce algo sobre la historia que se relaciona con el pasaje del *logos* (donde el discurso está en las leyes de la materia) al naturalismo moderno (donde la exclusión del lenguaje define la materialidad de un sujeto reducido a un organismo capaz de ser descifrado por las “ciencias naturales”).

Por otra parte, la idea de evolucionar jerarquiza las transformaciones y oculta los cortes y las mutaciones del discurso de la historia. Porque la práctica de un discurso histó-

rico no es universal hay que preguntarse por esta producción particular: *para que una cultura produzca el discurso de la historia es necesario que considere al tiempo como lineal y como irreversible, puesto que la idea misma del eterno retorno se opone a la historia.*

Herodoto –el padre de la historia– dice que no hay peor cosa para el hombre que comprender los hechos sin tener el poder para modificarlos. Esta declaración de divergencia entre el discurso de la historia (comprender) y lo irreversible de su objeto (los hechos) es la vertiente de la castración (pero en tanto la transmisión de ese discurso conjura el horror del anonimato, la vertiente del narcisismo se enlaza con la primera). La historia es el árbol genealógico de los que carecen de árbol genealógico, es la verdadera novela familiar de las familias sin novela.

Para los enciclopedistas había una historia sagrada (la relación del hombre con Dios), una historia civil (la relación de los hombres entre sí) y una historia natural (las regularidades de la materia y de la especie, así como sus monstruos). La historia sagrada se funda en las *escrituras*, causa de los acontecimientos y prueba de su verdad. La historia civil es producida por el hombre que, a su vez, aparece como producto de la misma. La historia natural quiere descubrir las leyes de todo lo engendrado, el fundamento de toda copulación y de cualquier escena. La historia es un discurso fundamental porque lo fundamental del sujeto se descifra del discurso de una historia: renegación de la muerte, goce de la materia.

Es lo que puede leerse en la temática freudiana de la filogénesis y la disposición, en su equívoca relación con la ontogénesis. Cuando se quiere reducir esta relación a una oposición entre innato/adquirido se hace una mala sociología fundada en una genética de ficción (toda la tontería escrita en nombre de la “serie complementaria”).

Disposición: acción y efecto de disponer, disponerse.
1. Actitud, proporción para algún fin. 2. Estado de salud. 3.

Gallardía y gentileza en la persona. 4. Soltura en realizar las cosas que uno tiene a su cargo. 5. Precepto legal, deliberación, orden y mandato superior. 6. Cualquiera de los medios empleados para ejecutar un propósito o para evitar un mal. 7. Arquitectura: distribución de todas las partes en un edificio. 8. Retórica: distribución de las partes de un discurso.

El sujeto que interroga Freud aparece *dispuesto* en ciertas formas que obligan a introducir en el discurso de la ciencia (Charcot, por ejemplo) la idea de una herencia: el cuerpo se ordena en secuencias que serán las condiciones que el sujeto debe soportar. Una retórica del destino parece encontrar, al fin, su fundamento.

Se podrá, entonces, realizar una taxinomia de las disposiciones: caracteres, cuadros nosográficos, clasificaciones psicopatológicas. Distribuir elementos, descubrir sus conexiones, postular sus límites y sus relaciones con otros conjuntos de elementos.

Si el sujeto soporta (pasivo) una disposición, hay allí un discurso (activo) dispuesto a ser operatorio. Las composiciones de la ciencia versan sobre las disposiciones de sus respectivos objetos.

Freud está disponible para el discurso de sus maestros: “La escuela de Charcot –escribe en 1896–, tan influyente en estas cuestiones, ve en la herencia la única causa verdadera de la historia, y considera como causas ocasionales (agentes provocadores) todos los demás factores dañosos, de diversa naturaleza e intensidad”.

Sin embargo, la obediencia a este discurso es el obstáculo fundamental para la producción de otro que intenta *analizar la dispositio* como discurso: “. . . deberíamos conceder un amplio margen a las denominadas disposiciones constitucionales del individuo –escribe, en 1912–. Confesémosnos, sin embargo, cuán ingrato resulta operar con éstas. La dis-

posición individual suele ser deducida *ex post facto* (de sus consecuencias) porque una vez que el sujeto ya ha enfermado, le adjudicamos tal o cual disposición. No tenemos ningún recurso para adivinarlas anteriormente”. Una confesión, una ingratitud: la disposición es una forma de hablar sobre los hechos consumados. En otro artículo, también de 1912, Freud escribe: “Tampoco tenemos por qué dedicar en este estudio lugar ninguno al concepto de disposición, pues la investigación psicoanalítica nos ha hecho posible señalar la génesis de la disposición neurótica en la evolución de la libido y referir los factores que en ella actúan a variedades congénitas de la constitución sexual y a influjos del mundo exterior (. . .) El efecto inmediato de la frustración es el de despertar la actividad de los factores dispositivos”. Se produce, entonces, un nuevo lazo: la constitución y los avatares de la libido engendran una disposición que puede ser puesta en acto por la “frustración”. La disposición es puesta al margen –poco importa lo amplio que sea– como ligada a la herencia y vuelta a introducir en relación con el desarrollo de la libido.

Pero Freud está dispuesto a no perder ninguna verdad, está dispuesto a transformar todos los discursos sin borrar lo real de ninguno: *la ontogénesis de los antepasados, por la mediación del deseo de los padres, aparece como filogénesis del sujeto*. La herencia será entonces, ese **ello** histórico donde vuelve como alma en pena la existencia de los antepasados: ese **ello** que mediante el superyo (que se enlaza con la autoridad de los padres) se impone al yo aunque sea en la forma extrema del desgarramiento de un grito, de una llamada insistente, de una melodía tentadora.

En 1913 la *constitución* es definida como *naturaleza de las disposiciones*: “Nuestras disposiciones son, pues, inhibiciones de la evolución”. Por la vertiente ontogenética se argumenta la relación entre el desarrollo de la libido y el desarrollo del yo, por la vertiente de la filogénesis se trata

rosis. La *dispositio* freudiana introduce otra diferencia: el problema general de la disposición, el problema particular de la disposición a determinada neurosis.

El sujeto, un sujeto. El síntoma, un síntoma. La neurosis, una neurosis. Si es verdad, como dice Freud, que siempre se extrae la disposición de sus consecuencias, será también verdad que siempre se extrae *el* sujeto de *un* sujeto. La sexualidad del ser que habla es un accidente universal, es el trauma de la repetición y la repetición del trauma que opera más allá del principio del placer.

Disposición bisexual, disposición polimorfa, dice Freud en 1905. Corte con el olfato, promoción de la pulsión escópica en 1930. Desde mucho antes ese cuerpo, según el decir de Masotta, “se erogeniza en un mal lugar”. Contemplación y exhibición como disposición “pregenital”. Un cuerpo de muchas formas, polimorfo. Un sexo de dos pulsiones, bisexualidad. La libido no será de este cuerpo, sino que vendrá a excederlo: falta donde debería estar (genital) y está en aquellos bordes que no pueden soportarla (zonas erógenas).

El sujeto se convierte en cuerpo de goce que se constituye como sufriente. Incluso, de pensar un masoquismo erógeno primario y el dolor como localización del cuerpo en el espacio, se podría decir que el cuerpo de goce se constituye *por* el sufrimiento.

Predisuesto por los antepasados, seducido por los padres, el sujeto se dispone a la masturbación: fantasma incestuoso, angustia de castración, llamada del superyo, culpabilidad y constitución de un yo que se organiza por ello, que se organiza contra ello, que se organiza para ello. Un yo dispuesto a la muerte por la inmortalidad de la especie, un yo que se supone inmortal por el mensaje de los muertos.

En cualquier lugar, la *dispositio*: “Stephen Stich ha mostrado eso concluyentemente –escribe Quine– a propósito de las disposiciones innatas. ¿Por qué no atribuir todo

acto de un hombre a una disposición innata?”¹. El problema conduce a la causalidad definida como “acciones de fuerzas físicas sobre partículas” y a las causas concurrentes como aquellas que “interceptan sólo algunas de las líneas energéticas que conducen al efecto”. Según Quine, el término causalidad supone siempre este modelo físico y hay que recordarlo para interrogar la disposición: “La propuesta concepción termodinámica de la causa da cierta razón de la noción de causa –escribe– por su lado teórico o filosófico, y tiene sentido en la medida en que lo tenga la noción de flujo de energía. El resultado es mejor que el que evidentemente podemos esperar de un intento de explicación teórica de la noción de disposición. Pues, aun admitiendo que la noción de causa se encontrara en aceptable forma teórica, ¿cómo definiríamos en base de ella la disposición? La disposición es una propiedad presente en el objeto, por virtud de la cual las circunstancias *c* causan que el objeto haga *a*. El «por virtud» es lo que desafía cualquier explicación”¹. La disposición como *virtual* supone algo *causal*, sin que se pueda hablar de un flujo de energía que relacione una causa con su efecto: el condicional (“tal cosa *ocurriría* sí...”) propone este problema.

Pero vimos que Freud dice que suele atribuirse la disposición a ciertas consecuencias: “Los hay que aceptan acríticamente el modo de decir disposicional –escribe Quine–, considerándolo cuestión apromblemática del lenguaje ordinario. Con decir qué es lo que una cosa está dispuesta a hacer en determinadas circunstancias, la disposición deja de tener todo misterio para ellos”¹.

¹ W. V. Quine, *Las raíces de la referencia*, Ed. Rev. de Occidente, 1977, Madrid. –Las citas de Freud pertenecen a diversos artículos, *Obras Completas*, Ed. Ciencia Nueva, Madrid.

Tanto Ryle como Carnap aceptan una noción no definida de la disposición: si ocurre *a* en la circunstancia *c*, por que ocurre *a* puedo postular la disposición *c*. Se postula una significación, pero ninguna definición. La disposición se refiere a un estado, a un mecanismo hipotético, al que sólo se le indica un efecto determinado.

Por ejemplo, Freud define la disposición a la histeria como una disociación de la conciencia producida en circunstancias de un deseo rechazado; y define la disposición a la neurosis obsesiva como la anticipación del yo que produce la moralidad como exclusión de ciertos deseos. Freud supone, entonces, que la moral de la histérica falla y que la conciencia del obsesivo no se disocia. Las representaciones y la libido operan –unas veces por inclusión, otras como exclusión– como “vehículo”. Así, la disposición a la histeria o a la neurosis obsesiva supone cierta relación entre un aparato compuesto por lugares y representaciones y la libido circulando mediante las representaciones por esos lugares.

Si existe disposición a la neurosis (obsesiva, histérica, etcétera) ésta se vuelve específica y se problematiza la idea de un giro disposicional general. Sin embargo, el giro disposicional general (algunos rasgos claves, que no llegan a ser definiciones) es necesario para la construcción de una teoría: es lo que Freud propone al introducir el destino de las pulsiones como objeto de la investigación psicoanalítica. Allí algunos *terminus* (límites) permiten producir un montaje (objeto/fuente/empuje/fín) como disposición general para volver luego sobre una explicación más satisfactoria. Los términos están dispuestos en forma general para dar lugar a una argumentación tendiente a describir lo específico de un solo término: la pulsión. *Nos deslizaremos del problema de la disposición en la teoría, a las formas en que los términos de la teoría se disponen, de la disposición hereditaria a la dispositiva de la retórica.*

La disposición específica tiene sus interrogantes: ¿Se producirá con certeza un discurso histérico en todo “aparato psíquico” dispuesto como histeria por la predisposición de los antepasados, y las disposiciones producidas en la infancia bajo la forma de los fantasmas de seducción? Volvemos aquí al azar, el encuentro fallido con lo real, al trauma.

Si falta lo real entramos en la probabilidad bajo la forma de algún enunciado virtual.

Es probable que a la clase de los sujetos que se definen por ser parlantes le ocurra una neurosis: pero entonces nuestra disposición desaparece.

Hablar de una disposición una cosa precisa (aunque no pueda ser aún precisada) que funcionaría en forma completa en el momento del nacimiento (células, glándulas, sistema nervioso, determinada estructura general o específica) y hablar de una determinada disposición constituida en la infancia supone que ella opera como un determinado límite en relación a una función específica. Aquí es donde Freud enlaza la disposición con la inhibición como límite imaginario de la función sexual.

Cuando hablamos de un reflejo innato, incluso de un reflejo condicionado posnatal, inferimos la constitución de una vía que funciona como disposición en tanto es el reflejo mismo. Aquí volvemos a introducir el encuentro con lo real como sorpresa de un movimiento que sería trauma, constitución de ciertas vías, nudo específico: un movimiento causal del feto, un movimiento causal del niño. El *Proyecto* de Freud dirá que este azar se encuentra determinado por la desaparición de la madre: el niño reproduce esa ausencia con los movimientos de cuerpo, el niño la sustituye con su pensamiento (lo real de la angustia engendra lo simbólico de un síntoma).

La disposición innata (o predisposición) que la genética postula como transmitida por los cromosomas es para Freud

el ello histórico, mientras que los reflejos innatos que la genética postula como aprendidos *in utero* introducen por el discurso del psicoanálisis *el deseo de los padres*.

Freud habla de las pulsiones como residuos de estímulos incorporados al sujeto en la cadena de la filogénesis: la cadena de estos residuos introduce lo real de los antepasados y se relaciona con el trauma. Es que por ser lenguaje la sexualidad se anuda en la discontinuidad y la muerte, mediante la reproducción como inmortalidad de la especie y el goce como tendencia a la muerte del sujeto. Lo que funciona como disposición genética en ciertos animales, se convierte en disposición de representaciones (la pulsión, residuo de estímulos) que se encadenan entre sí (en cada sujeto) y que encadena a cada sujeto con la especie (por la reproducción). La disposición como término funcionando en un discurso es una deuda contraída que obliga a una futura descripción de su valor, así como la disposición en el sujeto es la deuda que contrae con el deseo de los padres por disponer de un cuerpo de goce, deuda que se paga sola –aun contra el yo– por el sufrimiento del que puede disponer el goce cuando se encuentra con la duda de algún moroso (como bien lo supo el hombre de las ratas).

La disposición como condición duradera de un cuerpo nos introduce –mediante el *Trieb* como *lalengua*– en el problema de saber qué relación mantiene con el discurso.

Porque los significantes son referentes del discurso, la disposición discursiva consiste en ciertos *asentimientos* verbales que constituyen diferencias entre ellos.

Los asentimientos obsesivos difieren de los histéricos, ya que puestos a decir no desesperan de los mismos *terminus* (límites). Es sabido que para Freud los términos de los que dispone el yo se dividen en dos clases: los prohibidos y los admitidos. El sujeto *consiente* en términos que *asiente*, pero se deja existir por aquellos que excluye y se le imponen como

repetición. Que un sujeto puede *disentir* del discurso que lo constituye, y que un sujeto *consiente* de aquellas palabras en que se aliena, es lo que propone el término *represión*. *Disentir* es decir *no*, presentar el ser bajo la forma de no ser. *Consentir* es decir *sí*, aceptar al otro como forma del ser. *Asentir* es alguna otra cosa, esa que se quiere llamar afirmación primordial. *Consentir en el otro es disentir con el Otro, no asentir en el ser*.

Hemos evocado ese estallido de los términos que regula el diccionario porque la disposición en el discurso psicoanalítico no puede separarse de la forma en que ese discurso dispone sus términos y de la forma en que nosotros –al querer transmitirlo– disponemos de ese discurso.

La predisposición de un psicoanalista es la disposición de los términos en el discurso psicoanalítico; y esto es en tanto su límite como su posibilidad. Las formas en que un psicoanalista dispone esos términos –los límites que descubre, los límites que ignora o que rechaza– hablan de su goce.

Estar a disposición del discurso psicoanalítico no supone una obediencia, tampoco una desobediencia. No somos sociólogos para desvivirnos por un juego de apocalípticos e integrados regulado por una equivalencia cuya regla es integrar el apocalipsis, y disponer de su discurso para garantizar la sucesión.

Estar a disposición del discurso del psicoanálisis supone, por el contrario, alguna cosa que opera como real en el goce del psicoanalista. Un término, un límite, una imposibilidad. No existe oposición entre impotencia obediente y desesperación creadora. Pero sí hay una oposición entre el consentir en el narcisismo del otro y asentir a lo que se descifra de ese goce del ser que Freud llamó procesos primarios.

La disposición del psicoanalista es un orden –que se descifra de un discurso–, pero no es un hábito –que se sostiene de un ritual–. La disposición será, entonces, para el psicoanalista la potencia de un discurso que se produce en un acto, el psicoanalítico.

Esto no significa que el psicoanalista produce un acto, sino que un cierto acto que se llama transferencia produce a los psicoanalistas. La transferencia es una cierta disposición del sujeto que lo lleva a encontrar en otro lugar el soporte de un saber inconsciente. *Si el sujeto quiere disponer de un analista a quien pueda consentirle es porque el yo no se encuentra disponible para asentir en lo que se descifra de su ser en el síntoma del que puede satisfacerse, al que puede rechazar y al que no puede amordazar.*

La disposición del psicoanalista no es una condición que llegado el caso (quiero decir, el sillón y el diván) se manifestará (así como la fragilidad del vidrio dirá su verdad en la caída del vaso que se hace pedazos), sino que es cierto acto que se descifra de su discurso en cualquier “asociación” que se le ocurra. Hablamos de algo real en el psicoanalista, de la imposibilidad de un goce de lo real, que hace posible lo real de un goce que es la escritura.

Porque el trauma, según Lacan, es cierto encuentro fallido con lo real, hay que preguntarse cuáles son los traumas que disponen al psicoanálisis (de la misma forma que para Freud había determinados traumas que disponían a la cirugía). Si la atención flotante quiere decir escuchar a todo por igual, hay una palabra diferente que sostiene esa tensión. ¿Por qué palabra fue sorprendido un psicoanalista, qué opera como lo real imposible de su goce?

Alguien desaparece, en su lugar un extraño: predisposición a la angustia que se trasmite por el deseo de los padres, desde los antepasados. Quizá la desaparecida vuelva en el silencio necesario para que las palabras se articulen, quizá vuelva bajo la forma de la castración y la muerte. Freud lo

cree imposible, contra esa roca se estrellan hombres y mujeres. La femineidad podría ser ese encuentro con lo real que dispone el destino de los hombres y las mujeres. Quiero decir, hombres de mujeres y mujeres de hombres que saben demasiado, y que por lo mismo no quieren saber nada. Disposición polimorfa, disposición bisexual. Sabemos que para Freud en el pasaje del olfato a la mirada es la “humanidad” misma la que se dispone a la perversión, la que se constituye para el sufrimiento y el goce más allá del principio del placer. Leonardo se sueña ese pájaro artificial, ese pájaro con alas mecánicas que levantará el vuelo. No será un retorno a la naturaleza, sino un extravío en los artificios y en los orificios, una perversión del cuerpo y de la cultura. Al final de su vida hasta obligó a un crítico a inventar una palabra para explicar su extravagancia: la palabra *manierismo*. Terminó así, dispuesto a su manera después de haber conocido todas las formas del consentimiento social. Ese último asentimiento de Leonardo a su verdad, a esos encuentros fallidos con lo real que lo dispusieron y de los que llegó a disponer, es lo que Freud interroga. ¿De qué dispone Freud para disponer los términos del psicoanálisis de esa forma? Fue también en el límite de su vida cuando la verdad retornó bajo la forma de la novela histórica de Moisés. Allí habla de traumas positivos y de traumas negativos. Esto quiere decir, encuentros con lo real que se terminan con asentir y de encuentros con lo real que siempre serán disidentes.

En Charcot la disposición (hereditaria) carecía del don de la palabra, en Freud la disposición se descifra en secuencias y consecuencias. La disposición es el sujeto que se descifra en *manieras* de los significantes que se saludan entre sí, en las formas que adoptan por el desprecio tópico que los separa, en la cópula que produce retoños que luego abandona a la deriva del mundo. Una *redtórica*, aquella que dispone el goce de los cuerpos.

La predisposición hereditaria aparece como un límite del psicoanálisis que se traduce en *terminus*: disposición que limita en el sujeto la omnipotencia (el ser todo en potencia) al suponer ciertas *vías* que serán recorridas, ciertas *vías* que introducen la repetición. Este límite es lo que produce esa literatura gótica en torno a la herencia, cuyo postulado fue *aterrador* incluso para sus postulantes.

La herencia dejó de ser un patrimonio y se convirtió en destino, en límite y maldición. Una enfermedad hereditaria, la castración inscrita en el cuerpo: el sujeto dispuesto por la cadena de la especie deberá afrontar una pérdida, aquella que corta lo viviente en el ser del lenguaje y que se llama pulsión de muerte.

La naturaleza de las cosas dejan de ser, en lo que atañe a la sexualidad, ese universal que puede sufrir algún “accidente”. Al comienzo Freud piensa que hay una sexualidad (natural) que puede sufrir un accidente (causa concurrente) que se designa como trauma. Después será la sexualidad misma la que aparece como accidentada, traumática y en discordia con el ser que habla: pasaje de la comedia a la tragedia.

El trauma será una excitación *excesiva*: ¿Por qué la excitación excede la disposición del sujeto, atravesando el cuerpo orgánico con heridas en cuyos bordes se sitúa la libido? La erección misma desgarró la pacífica unidad del niño, produce una escisión que la libido nunca terminará de suturar. Porque la sexualidad es un trauma Freud no utiliza el término traumatismo con sus connotaciones de accidente. El Otro provoca una excitación que compromete el aparato (psíquico) del sujeto, de manera que éste debe constituirse como paranoico (teoría de la seducción) para situar en otro lo insoportable de su deseo.

Más allá del principio del placer el goce es patógeno porque engendra sufrimiento. La sexualidad humana co-

mienza dos veces, dice Freud. Se refiere a la salida del Edipo y, después de la latencia, a la entrada en la pubertad. Pero también el trauma tiene dos tiempos: deseo de los padres (seducción) y deseo por los padres (represión). Lo que en el primer tiempo parece venir del Otro (cuidado de la madre, contacto con adultos, etc.) se descubre en un segundo tiempo como volviendo de lo reprimido: hay entonces una *suma* de excitación, un goce que carece de objeto y que no encuentra equivalencia en ningún semejante. Freud sitúa este momento en la pubertad, cuando el cuerpo deviene extraño, cuando la sexualidad misma aparece como el encuentro con un *real* que se presenta para martirizar las relaciones con la *realidad* de la percepción. El encuentro no remite a fantasías anteriores, lo real se convierte en *excitación actual*. La señal de angustia responde, entonces, a esa angustia automática que en la cadena de las generaciones dispone al sujeto a la pérdida de la madre y la aparición de un extraño (su cuerpo).

No es el trauma del nacimiento –dice Freud, en 1925– sino aquella pérdida mediante la que es posible que exista en la realidad una *madre* como separada de un niño que entonces podrá ser un *hijo*.

Algunos estudiosos de Freud se confunden con la frase “la madre es certísima y el padre es incierto”. En verdad, Freud dice que en un comienzo hay incertidumbres de los dos, y que en un segundo tiempo el sujeto duda del padre y considera certísima a la madre. Entre uno y otro momento el “yo” que es el otro de la “madre”, por eso la certidumbre de ésta garantiza la identidad del primero. Disposición a una pérdida donde el cuerpo del niño y el cuerpo de la madre se vuelven extraños, tanto para sí mismo como cada uno para el otro. Cuando se puede decir madre/ hijo el sujeto podrá *familiarizarse* con un yo que se soporta de una relación con otro, pero si quisiera recuperar el cuerpo extraño de la ma-

dre, el superyó mandará la extrañeza del propio cuerpo al constituirse como inter/dicción del goce. El pecado original significa que todo sujeto perdió, que ninguno pudo *resignar* la pérdida y que cada uno sigue secretamente unido a nada. Pecado carnal, cuerpo como pecado que se engendra por la ley, cuerpo de goce que por el nudo del lenguaje se dispone como trauma (como cuerpo de culpa, como cuerpo de muerte).

Porque el lenguaje mortifica al cuerpo, el ser del lenguaje vivifica al espíritu: el encuentro con lo real es la sorpresa de ese cuerpo de goce que ataca por la pulsión a ese “yo” dispuesto a gritar que no pidió nacer para callar esa voz imperativa que dice que *ahora* deberá seguir.

El yo no pide nacer porque se nace por disposición de ello: la inmortalidad del yo (de los padres) se refugia en los hijos. No hay traumatismo sexual porque la sexualidad es trauma, no hay traumatismo de nacimiento porque se nace al cuerpo del trauma: la vertiente del trauma y la disposición se encuentran en el mandato de los antepasados, el deseo de los padres y el placer de un yo.

Si la disposición al goce se descifra como trauma es porque limita la omnipotencia (el ser todo en potencia) que un yo exige para su imagen. Porque la disposición hace *uno*, supone la caída de *todo*. *La* especie, *un* cuerpo. Un cuerpo seducido por otro hasta los bordes del sufrimiento, un cuerpo excluido de otro hasta el límite de la castración, un cuerpo condenado a ser espectador de una escena que constituye la cifra de su destino.

Esta es la herencia *histórica* para Freud, y por eso la historia como *repetición* es discurso que tiene como referente a la castración y al narcisismo: significantes del placer y del goce, de la pérdida y el deseo, con sus equívocas peticiones de principios y sus llamadas peticiones de amor.

Los padres están dispuestos de manera que el hijo entre en la escena como producto y como resto, pero el nombre del padre separado de la madre está dispuesto por ley a mandar la exclusión del hijo. El padre es parte de la escena de seducción, siendo a la vez quien *se* prohíbe esa parte y la excluye del goce del hijo.

Si, como afirma Lacan, lo real vuelve siempre al mismo sitio; la disposición designa ese real que en la especie repite la pérdida del Otro y provoca la angustia (automática) por la desaparición de la madre y la aparición de un extraño a quién el sujeto deberá identificarse para ser *de la misma especie*. El sujeto en el trauma se encuentra con lo real fallado por los antepasados: la pulsión trauma lo que el yo trama.

Quizá baste esta puntuación para evocar que desde el discurso freudiano las cosas de la naturaleza no pueden explicar la naturaleza de esas *cosas* que se descifran del lenguaje. La historia no puede ser el “complemento” del sujeto porque el discurso lo constituye para rodear esos objetos que son causa del deseo: condición y límite de cualquier goce del cuerpo.